

†
IHS

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

15 OCTUBRE 1955

NÚMERO 13

ALOCUCION PASTORAL

SOBRE LA MISIÓN EN EL PLAN DIVINO

CONSIDERACIONES DOCTRINALES Y PRÁCTICAS

CON OCASIÓN DE PREDICARSE LA SANTA MISIÓN EN LA DIÓCESIS

SUMARIO

I

El concepto de Misión.—La coordinación de misiones en el plan divino de la salvación.—La Misión divina en el Antiguo Testamento y en la Iglesia.—La Misión de los Profetas. Algunos ejemplos y vibrantes páginas misionales de actualidad: Moisés. Isaías. Ezequiel.—La gran Misión del Verbo Encarnado y la del Espíritu Santo en Pentecostés.—La Misión de los Apóstoles. San Pablo, Apóstol, maestro de misioneros.—La Misión de los Obispos como sucesores de los Apóstoles. La expresiva ceremonia del libro de los Evangelios en la consagración episcopal.—La misión canónica de los sacerdotes predicadores, por el Obispo enviados en su Diócesis.—Palabras de Benedicto XV.

II

Necesidad de predicarse una santa Misión en esta Diócesis.—Aplicación de una breve parábola de San Pablo (Heb. 6).—La misericordia de Dios predominante en las misiones.—La ejemplar y fructuosa misión del Obispo Severo en el siglo V, en Menorca.—San Esteban, Protomártir, Patrono de aquella misión y de la presente.



CARÍSIMOS diócesanos. Al anunciaros en la Alocución Pastoral de 1.º del pasado mes la Santa Misión que, desde el dos de Noviembre hasta las cercanías de Navidad, ha de recorrer esta Diócesis, os indicamos el propósito de hablaros nuevamente de ella; y hoy lo hacemos para que, conociendo mejor su dignidad y nuestra necesidad, la recibáis con más conciencia y reverencia y con más fervoroso deseo de aprovecharla.

*

La palabra «misión» viene de otra latina que significa «enviar», y así «misión» es lo mismo que «envío», y, en nuestro caso, «envío de parte de Dios». «Quomodo praedicabunt, nisi mittantur?», decía San Pablo. «¿Cómo predicarán si no son enviados?» Y ese envío o misión de parte de Dios, recibida inmediata o mediatamente, es necesaria no sólo para la predicación, mas también para las otras principales actividades de orden religioso sobre los fieles: misiones hubo en el Antiguo Testamento y misiones hay en el Nuevo Testamento. La Iglesia católica es siempre y esencialmente Misionera en todas las regiones del orbe, en unas para introducir el reino de Cristo, en otras para conservarlo y restaurarlo.

El pueblo cristiano no ha de ignorar estos principios fundamentales, a veces descuidados en su formación doctrinal. Por esto vamos a hablaros de ellos en la oportunidad de los presentes días.

«Todo óptimo don —dice San Jaime— y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces» (Jac. I, 17), a quien plugo en su Providencia sapientísima derramar sobre la humanidad los dones sobrenaturales de la redención por medio de misiones, unas interiores a lo íntimo de las almas justas con la gracia, y otras exteriores y públicas y solemnes, pero todas ordenadas entre sí y subordinadas a la gran Misión del Verbo Encarnado.

Nada más patente en las santas Escrituras que ese plan de misiones de Dios para realizar la obra de nuestra salvación. Largo sería sólo enumerarlas; pero conviene indicaros algunas, aún

del Antiguo Testamento, siquiera sea para que veáis su origen, su dignidad, su fuerza, su eficacia, y también para recoger de paso una que otra página de las prácticas enseñanzas de esos enviados del Señor, quien se las hizo escribir en los santos Libros para doctrina de las generaciones venideras; y en verdad que hay enseñanzas muy oportunas a nosotros sobre todo en los días presentes. Tan sólo unos ejemplos.

*

Larga e importantísima misión fué la de Moisés. Así la refirió él mismo en el libro del Exodo: «Dios le llamó de en medio de la zarza ardiente: Moisés, Moisés, y él respondió: heme aquí... El clamor —dice Dios— de los hijos de Israel ha llegado hasta mí, y he visto la opresión que sobre ellos hacen pesar los egipcios... «Yo soy el que soy». Así dirás a los hijos de Israel: Yahvéh=Yo soy, (es decir, El que es por excelencia), me envía a vosotros... éste es para siempre mi nombre; éste mi memorial de generación en generación...» (Ex. 3, 4-16). Y cumpliendo tal misión, y siempre bajo la dirección de Dios, Moisés realizó su obra imponderable, sacó a los israelitas de la opresión egipcia, les organizó como pueblo de Dios, les adoctrinó, les dió la Ley, etc.

Muchas enseñanzas y sugerencias prácticas, valederas para todos los tiempos, ofrecen los cinco libros de Moisés, frecuentemente aducidos en la predicación por Cristo y los Apóstoles. Como muestra de ello, advertid, respecto de las breves palabras arriba citadas, que lo que movió el corazón de Dios, uno de los determinantes inmediatos de la misión de Moisés, además del infanticidio, fué precisamente una dura cuestión obrera, la opresión de los egipcios que obligaban a los israelitas a trabajar en obras de construcción con condiciones inicuas y cada vez más tiránicamente impuestas (Ex. 1,11; 5, 6-18).—Nuestros misioneros inculcarán a quienes corresponde el gran respeto debido a la vida del niño, ya desde el primer momento de su ser; nuestros misioneros se dirigirán también a la clase obrera para decirles el amor que les tiene Dios y la atención maternal de la Iglesia en defensa de los trabajadores, testimoniada, en los últimos tiempos, por las Encíclicas papales sobre la doctrina social.

Moisés iba a organizar el pueblo israelita, y lo primero que hace Dios es darle, como insignia, su nombre divino, el más propio y más sublime, y que es formal afirmación de su existencia y perfección infinita; verdades fundamentales no sólo en la constitución de un estado teocrático. cual fué el de los hebreos, sino en la de cualesquiera estados. «El Señor (Yahvéh) es mi bandera» exclamó Moisés. Tales palabras están inscritas como un programa en lo alto del ciborio de nuestra Catedral Basílica restaurada. Sea el nombre del Señor la bandera bajo la cual siempre todos militemos.—Moisés dió al pueblo la Ley, que Cristo vino a perfeccionar, la Ley donde se contiene, como parte principal, el Decálogo, lo que ordinariamente llamamos los Diez Mandamientos de Dios. Ellos son el tema obligado de toda predicación misional, y más hoy día en que, perdida la conciencia de pecado, se multiplican y facilitan las maneras y ocasiones de quebrantarlos.

*

Después de Moisés vinieron las misiones de los Profetas. Sea, por ejemplo, la de Isaías. Estaba el profeta en el templo de Jerusalén, y durante una grandiosa visión de Dios, rodeado de serafines que cantaban su santidad, oyó la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá de nuestra parte a ese pueblo? Y —dice Isaías— yo respondí: Heme aquí, envíame a mí. Y me dijo el Señor: Ve y predica a ese pueblo...» (Is. 6), e Isaías, purificados sus labios con fuego del altar, empezó las tareas de su misión al pueblo de Dios, con tanta valentía y con tan soberana e inspirada elocuencia, que el libro en que lo consignó es uno de los más notables de la Sagrada Escritura, vibrante en fervorosos acentos misionales.

Reprendió la lujuria que le hacía comparar su pueblo a Sodoma y Gomorra —cual podrían comparárseles no pocas ciudades modernas—, fustigó el lujo desenfrenado, la altivez y mundanidad de las mujeres y la impiedad de los grandes y de los pequeños; les mostró para consuelo y esperanza, en maravillosos cuadros proféticos, a la Santísima Virgen, madre del Mesías Emmanuel, la pasión redentora de Cristo Siervo de Dios, la paz del

reino de Cristo, la restauración gloriosa de Sión, imagen de la Iglesia cristiana: cosas de gran consuelo, entre otras cosas de acerba recriminación.

Clamaba Isaías: «Dice el Señor:las fiestas con crimen me son insoportables... Cuando alzáis vuestras manos, yo aparto mis ojos de vosotros; cuando hacéis vuestras muchas plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de iniquidad. Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la malicia de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Y entonces venid y entendámonos, dice Dios: aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve; aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca. Si vosotros queréis, si sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra. Si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada. Lo dice la boca de Dios.»

Y Dios, siempre más propenso a la misericordia y al perdón, añadía: «Yo tenderé mi mano sobre tí, y purificaré en la hornaza tus escorias, y separaré el metal impuro... Y te llamarán entonces ciudad de justicia, ciudad fiel. Y Sión será redimida por la rectitud, y los conversos de ella, por la justicia.» (Is. 1, 11-27).

Notad, carísimos, esa amenazante, pero al final dulce, invitación a la penitencia, pues ella también a nosotros alcanza. La conversión no es posible sin la gracia de Dios, y Dios la da a todos suficientemente; pero muchos de aquéllos a quienes era enviado Isaías habían de despreciar las gracias vinculadas a su predicación, y previéndolo Dios y refiriéndose a éstos, dijo al profeta, ya en el primer momento de enviarle: «Vete a ese pueblo y diles: Con los oídos oiréis, pero no entenderéis; mirando miraréis, pero no veréis; porque se ha embotado el corazón de este pueblo y sus oídos se han vuelto torpes para oír, y sus ojos se han cerrado, para que no vean con los ojos ni oigan con los oídos, ni con el corazón entiendan, y se conviertan y los sane» (Is. 6, 9-10, según la versión de los Setenta.)

Son palabras durísimas, pero de justicia de Dios. Las repitieron Nuestro Señor Jesucristo y San Pablo ante la obstinación de

los judíos de su tiempo, y valen para todos los que en cualesquiera tiempos así se comportan. Ciertamente Dios santo y justo no puede proponerse la condenación del hombre ¡tanto hizo El para redimirle!; pero cuando Dios tiende la mano para salvarle y el hombre obstinadamente retira la suya, no es de extrañar que Dios niegue otros auxilios eficaces y permita que él culpablemente se endurezca en el mal, y no se salve. Dios exige la cooperación activa del hombre a la gracia que le concede. Dios en el gobierno de las almas es respetuoso de la libertad humana, y no la violenta; mas hay circunstancias, y tales son las de celebrarse ahora la santa Misión, en que bien podemos y debemos pedir a Dios que nos haga suave y vencedora violencia para acercarnos a Sí. La Iglesia tiene una oración muy expresiva: «Apiadáos, Señor, aceptadas nuestras oblaciones, y propicio compeled hacia Vos nuestras voluntades, aunque rebeldes», «ad te nostras etiam rebelles compelle propitius voluntates» (Secret. Dom. IV post Pentec.). Recemos esta plegaria para todos, y pensando especialmente en aquellos sectores de nuestro pueblo, donde hay por desgracia quienes se mantienen en rebeldía, alejados de la Iglesia y de Dios.

A todos, pero a vosotros, los que estais así apartados, os llama estos días de Misión, más insistentemente y con verdadero amor, vuestro Obispo para que escuchéis, reflexionéis y, correspondiendo a la gracia que no os faltará, os convirtais.

*

Y todavía otro ejemplo de misiones de los profetas: la de Ezequiel. He aquí como él mismo refiere su envío, intimado en una visión grandiosa de la gloria de Dios: «Hijo de hombre, yo te mando a los hijos de Israel, al pueblo rebelde, que se ha rebelado contra mí;; ellos y sus padres pecaron contra mí hasta el día de hoy... Todas las palabras que yo te diga, recógelas en tu corazón y dales atento oído, y ve luego y llégate a los hijos de tu pueblo, y háblales, diciéndoles: Así dice el Señor, óigante o no te oigan... Si yo digo al malvado: «¡Vas a morir!», y tú no le amonestares y no le hablares para retraerle de sus perversos caminos para que viva; él, el malvado, morirá en su iniquidad,

pero yo te demandaré a tí su sangre. Mas si, habiendo tú amonestado al malvado, no se convierte él de su maldad y de sus perversos caminos, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma. Y si se apartare el justo de su justicia, cometiendo maldad,... él morirá. De no haberle amonestado tú, morirá en su pecado y no se recordarán las obras buenas que hubiere hecho, pero yo te demandaré a tí su sangre. Mas si tú amonestaste al justo para que no pecara, y él dejare de pecar, vivirá él, porque fué amonestado, y tú habrás salvado tu alma» (Ez. 2, 3-21.)

Estas palabras de Dios son temerosas para todos, para vosotros a quienes va dirigida la predicación misional y para nosotros los que tenemos el deber de predicar. No podemos callar ni conformarnos con las corrientes del mundo perverso. Es obligación nuestra gravísima insistir en reprender los vicios, aunque no nos escuchéis. «Oigan, dice Dios, o te oigan». No esperéis de la Misión elucubraciones sutiles, ni halagos y refinamientos literarios, que esos ni son de la predicación ordinaria ni de la extraordinaria misional. Dios reprobó expresamente a los que con espíritu de frivolidad acudían a oír al profeta: «Vienen a tí numerosos, escuchan tus palabras, pero no las cumplen; tú eres para ellos como un cantor de bella voz, como un hábil citarista; oyen tus palabras, no las ponen en práctica» (Ez. 33, 30-33).

Son tantas las aberraciones en todos los órdenes, son tantos los vicios dominantes, que la predicación cristiana, como la de los tiempos del Profeta, no puede menos de ser austera. El fin del hombre, la muerte, el juicio, la fealdad y castigo del pecado, el infierno... son verdades amargas, pero que preparan la conversión y con ella los dulces gozos que la siguen, la paz y libertad del espíritu, la gracia y los demás dones de Dios en esta vida, la felicidad perpetua e inenarrable en la otra. Dios al llamar a Ezequiel le dió en visión para que lo devorara un volumen escrito por ambas partes, todo lleno de lamentaciones y de amenazas y de ayes de amargura. Devorólo el profeta, y lo encontró «dulce como la miel». Significábale Dios con este simbolismo la dulzura de los beneficios que había de reportar esa predicación severa. Muy a propósito dice Santo Tomás: «Verbum Dei dulce

rationi, amarum sensualitati». La palabra de Dios es amarga a la sensualidad, pero dulce a la razón. (Ez. 2, 8-9).

Las misiones de los profetas eran preparatorias de las de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando vino la plenitud de los tiempos —dice San Pablo— Dios envió a su Hijo... para que recibiéramos nosotros la dignidad de hijos adoptivos de Dios (Gal. 4, 5). Este sello de «enviado», o digamos, de «misión», imprimió Cristo hondamente en todo su ministerio. Al principio de la vida pública, en la sinagoga de Nazaret, explicando de sí la profecía de Isaías que acababa de leer ante la asamblea, se proclamó el ungido y enviado para evangelizar a los humildes (Lc. 4, 16-21); y siempre mostró singularísimo empeño en hacer constar que su venida al mundo era una misión, que él traía del Padre. Así aparece en todos los evangelios y frecuentísimamente, unas cuarenta veces en boca de Cristo tan solo en el evangelio de San Juan: del Padre que le ha enviado son sus obras, su doctrina, su gloria.

El ministerio de Cristo, esto es, lo que él hizo y enseñó «*quae caepit Iesus facere et docere*» (Act. 1, 1), lo conocemos en gran parte por los Evangelios, libros inspirados, que íntegramente deberían leerse y meditarse por todos los fieles. En ellos se ve que la penitencia, la conversión, el perdón de los pecados es tema primordial de la predicación de Cristo. Y ¡con cuán extremadas y dulcísimas palabras! «No vine, dice, a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia» (Lc. 5, 32). «Habrá en el cielo más gozo por un solo pecador penitente, que no por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia» (Lc. 15, 7). De la penitencia son las más bellas y amables parábolas, las de la oveja descarriada, de la dracma perdida, del fariseo y del publicano y la del hijo pródigo, llamada justamente «la perla de las parábolas del Señor». La penitencia es el tema señalado a los Apóstoles en su primera y en su definitiva misión. «Así está escrito —les dice en las últimas instrucciones,— que se ha de predicar en nombre del Mesías penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones» (Lc. 24, 47).

Predicación de misericordia; mas no penséis que Cristo des-

diga la de los profetas. También Cristo con vivas lágrimas y dolor de su corazón hubo de lanzar sus anatemas para los obcecados en la incredulidad e impenitencia: los lanzó a las ciudades que más habían visto sus milagros y oído sus sermones, y no quisieron convertirse. Justicia y misericordia, aunque la misericordia superabundantísimamente sobre la justicia.

Además de la predicación, obra de Cristo fué la Iglesia. Cristo sobre Pedro instituyó la Iglesia con su potestad de enseñar y regir y santificar, y con sus mandamientos y con sus sacramentos, para la santificación y salvación eterna de los hombres; a cuyo fin ella había de extenderse por todo el orbe, y durar a través de todos los siglos. Para esto Cristo llamó y formó durante su vida pública a escogidos discípulos, a quienes desde el primer momento dió el nombre de «apóstoles» (Lc. 6, 13), que significa «enviados», a los cuales iba a entregar los poderes necesarios a su futura misión; y lo realizó ampliamente después de resucitado, antes de subir a los cielos, en varias apariciones.

A Simón, a quien desde el principio había dado el nombre de Cephas o Piedra y había después prometido que sobre esta piedra edificaría la Iglesia, en una aparición a los Apóstoles, le nombra Pastor universal y le da el primado sobre todos: «Apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas (In. 21, 15-23). A los Apóstoles reunidos les dice: «Así como me ha enviado el Padre, así yo os envío a vosotros..., recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonáreis los pecados, perdonados les son; a quienes los retuviéreis, retenidos quedan» (In. 20). Y en otra solemne aparición a los Apóstoles todos, en un monte de Galilea: «Acercándose Jesús les habló, diciendo: «Dióseme toda potestad en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y amaestrad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas cuantas cosas os ordené. Y sabed que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28, 16-20).

Con estas palabras quedaban expresamente transmitidos los poderes de Cristo, y comunicada su Misión divina a los Apóstoles, a la Iglesia Jerárquica, constituida sobre Pedro. Mas los Após-

toles no habían de comenzar de seguida el ejercicio público de tales poderes y mandatos. Habían de esperar la Misión visible del Espíritu Santo que el Padre y el Hijo prontamente enviarían. «Y he aquí que yo envío la Promesa de mi Padre (el Espíritu Santo) sobre vosotros. Y vosotros permaneced ahora quietos en la ciudad hasta que seáis revestidos de fortaleza desde lo alto» (Lc. 24, 49). Y el día de Pentecostés se realizó visiblemente la Misión del Espíritu Santo, con cuyo advenimiento sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, quedó promulgada la Iglesia, y comenzaron maravillosamente la predicación y demás actividades de la misma.

A los Apóstoles quiso después Jesús añadirles otro, San Pablo, a quien la Iglesia universal, por sus inmensos trabajos, llama por antonomasia el Apóstol. ¡Admirable misionero! Misionó de un extremo a otro el mundo greco-romano, no esquivando sino buscando las más cultas, corrompidas y difíciles ciudades, predicando a Cristo y Cristo crucificado, con profunda sabiduría, con ardorosa caridad, con palabra atractiva y vencedora, todo bajo el impulso vehemente del Espíritu Santo, quien le inspiró además aquellas cartas que, después del Evangelio, son lo más notable de la Biblia, y de las cuales la Iglesia toma las epístolas en la mayor parte de los domingos del año. Hay, mejor digamos, arde en ellas abundantísima doctrina, toda abrasada y flameante en fuego de amor a Cristo y a los hombres, despidiendo luz para más conocerle, y encendiendo celo de almas en todos los que las leen y devotamente las meditan. San Pablo es apóstol siempre atrayente y educador en espíritu y direcciones de apostolado, bien acomodadas a los tiempos modernos. ¡Ojalá se apliquen a su estudio y meditación el Clero y los selectos seglares que han de trabajar en obras de apostolado! Nos pusimos como lema en el escudo episcopal el título que él usa en una de sus Pastorales, «Apostolus Iesu Christi». Plegue al Señor, y nos lo alcance el Apóstol, que más sepamos cumplirlo entre vosotros en lo que de vida nos restare.

Como Cristo envió a los Apóstoles, así estos por disposición

de Cristo enviaron a otros, y prolongóse en su legítima sucesión, a través de los tiempos, la misión divina, señaladamente para lo ordinario del régimen de determinadas iglesias, con subordinación a los sucesores de San Pedro en la Cátedra romana, los cuales lo son en el Primado y en la amplísima misión divina sobre la Iglesia universal. Los Obispos somos de esta manera, cada uno en su diócesis, los sucesores de los Apóstoles, continuadores en lo ordinario de su divina misión, la cual se nos comunica mediante el Romano Pontífice, al ser por él elegidos y enviados a la diócesis que nos señala, para regirla y en ella predicar y santificar, y para siempre conservar y defender la fe y las buenas costumbres.

Emocionante y muy significativa de lo que decimos es la ceremonia pontifical del libro de los Evangelios en la Consagración de un nuevo Obispo: arrodíllase éste, y el Consagrante le impone sobre la cerviz el libro abierto de los Evangelios, y, estando así él inclinado bajo el peso del sacro volumen, se desarrollan los ritos principales de su Consagración, y ungidas la cabeza y las manos y recibidos el báculo y el anillo pastorales, al fin, el Consagrante le entrega aquel libro de los Evangelios con estas solemnes palabras: «Recibe el Evangelio, ve y predica al pueblo que te ha sido confiado». Así se Nos entregó al ser consagrado y enviado a esta carísima diócesis de Menorca. Sonaron entonces y resuenan todavía en los oídos y en el corazón aquellas palabras, cual las de San Pablo a su discípulo Timoteo, al enviarle como Obispo de Efeso: «Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su aparición y por su reino: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina, pues vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones, y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas. Pero tú vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (II Tim. 4, 1-5).

Del cumplimiento de este tan principal ministerio de la predicación el Obispo es el responsable. «Munus Episcoporum

praecipuum est» advierte, citando el Concilio Tridentino, el Papa Benedicto XV, en su Encíclica de 15 de Junio de 1917; y añade estas palabras: «Mas aunque sea el oficio propio de los Obispos, sin embargo, por cuanto ellos, absorbidos por los varios cuidados de la gobernación de sus iglesias, no pueden siempre ni bastante cumplirlo por sí mismos, es necesario que también por medio de otros satisfagan a esta obligación principal. Por tanto, los que así, a más de los Obispos, se ocupan en la predicación, lo hacen cumpliendo oficio episcopal. Sea, pues, y obsérvese como ley principal que nadie por su propia iniciativa, asuma el oficio de la predicación, sino que para ejercerlo cualquiera que sea, necesita la misión legítima, que nadie puede dar sino el Obispo. ¿Cómo predicarán—dice San Pablo—si no tienen misión? ¿si no son enviados para hacerlo? Enviados fueron los Apóstoles por Aquél que es el sumo Pastor y Obispo de nuestras almas; enviados los setenta y dos discípulos; y el mismo San Pablo, aunque por Cristo constituido ya vaso de elección para llevar su nombre a los pueblos y a los reyes, con todo no inició el apostolado hasta que los ancianos (de la iglesia de Antioquía), obedeciendo al Espíritu Santo que les dijo «Segregadme a Saulo para la obra de evangelización», le impusieron las manos y le enviaron». Hasta aquí son palabras del Papa Benedicto XV. Nuestra misión necesitan, pues, todos los que predicán en esta Diócesis, sean sacerdotes diocesanos o vengan de otras partes. Hemos rogado y alcanzado con sumo gozo que vinieran a ayudarnos con su labor evangelizadora, los reverendos y celosísimos Padres de la ínclita Compañía de Jesús, y así les enviamos a todas las ciudades y pueblos de Menorca en Santa Misión. Recibidles con amor y religioso entusiasmo; escuchadles, obedecedles; pues, en nombre de Dios y sólo para vuestra salvación eterna, vienen a realizar aquí un noble encargo, que, usando las palabras de Benedicto XV, es una función y oficio episcopal.

II

Y la Santa Misión nos es necesaria.
La Diócesis de Menorca es a manera de campo espiritual en

que trabajamos de continuo el Clero, los religiosos y religiosas de nuestros conventos, los fieles de Acción Católica que sienten su vocación de apostolado y otras entidades y seglares de buena voluntad; mas, a esta preciosa labor cotidiana y ordinaria, la Iglesia manda que se le añada, al menos dentro de cada decenario, otra extraordinaria y más intensa: la de una Santa Misión.

Para mejor sentir la necesidad que aquí tenemos de ella, es oportuno en estas circunstancias recordar y aplicarnos seriamente aquella como breve parábola de San Pablo, el gran apóstol y misionero del mundo, en su carta a los Hebreos: «Una tierra—dice el Apóstol—que bebe la lluvia, caída frecuentemente sobre ella, y que produce vegetación buena..., participa de la bendición de Dios. Al contrario, la que lleva espinas y abrojos es reprobada y cerca está de ser maldecida y finalmente destinada al fuego», a un fuego esterilizante y destructor (Heb. 6, 7-8).

Por dicha, no faltan sectores de nuestro pueblo en que la lluvia celestial de la gracia y de la doctrina evangélica es bien aprovechada, «terra bibens imbrem»; mas, por desdicha, hay algún otro que positivamente la rechaza, y otros en que es muy superficialmente recibida. Y vemos en cambio que, favorecidos por el general ambiente materialista y por vientos de insanas modernidades, arraigan y se propagan los vicios de siempre y se nos introducen nuevas costumbres desmoralizadoras, y la indiferencia religiosa ha llegado en algunas partes hasta la apostasía. Urge, pues, un esfuerzo mayor para limpiar el campo espiritual de Menorca.

Como el potente tractor surca nuestras tierras, revolviéndolas hondamente para mejor sementera, así la Santa Misión viene a ejercer sobre nuestros pueblos una más intensa y más profunda acción espiritual para arrancar de raíz las malezas de los vicios, remover latentes y casi incommovibles obstáculos, romper la costra rocosa de hábitos inveterados, que impiden penetre en las almas la lluvia celeste de la gracia y se opere una sincera conversión y una duradera reforma de vida. ¡Qué grato espectáculo a los ojos de Dios y de los hombres, si con la Misión se reprimen los vicios, reflorecen en Menorca las virtudes cristia-

nas, y fructifican en variadas obras individuales y sociales, cual las exigen nuestros tiempos! Pero, si después de la Misión todo siguiera como hasta ahora, sería señal de haber sido despreciadas las singulares gracias de la misma.

Carísimos míos, el principio de la sabiduría es el temor de Dios, dicen los Sagrados Libros. Temamos, pues, la amenaza de la parábola de San Pablo, que es palabra de Dios, y, aprovechando las muchas gracias divinas que ofrecerá la Santa Misión, apartemos de nuestros corazones y ayudemos a quitar de los otros, en cuanto alcanza nuestra mano, «las espinas y abrojos» de tantas clases de pecados que infestan la sociedad, pecados contra la justicia, contra la caridad, contra la castidad, pecados en la juventud, en el matrimonio, en la voluntaria soltería mundanal, y hasta pecados de incredulidad y apostasía; jamás sea a causa de ellos la Diócesis de Menarca, ni en el sentido espiritual de la parábola, ni en la realidad física de la comparación, «tierra maldita», «tierra quemada» por la ira de Dios, como lo fueron antiguamente las ciudades nefandas y como lo han sido después, y es de temer lo sean en lo futuro, otras ciudades, con esas modernas guerras incendiarias y asoladoras.

Esperemos no sea así. Se celebran todos los domingos y fiestas en todas nuestras parroquias las Misas «pro populo», es decir, aplicadas en favor del pueblo; hay en la Diócesis no pocas almas justas con méritos de buenas obras, y que se mortifican y comulgan diariamente o con frecuencia, que interponen su oración ante Jesús Sacramentado, ante la imagen de nuestra Patrona la Virgen de Monte-Toro, la cual lleva en sus brazos el Divino Niño sonriente y bendiciente; hay muchos que rezan cada día y cantan este mes, en las solemnes procesiones, el Santo Rosario, la devoción salvadora de individuos y de naciones. San Pablo, tan conocedor de la misericordia de Dios, después de la temerosa parábola, prosigue con esos términos de esperanza y de aliento: «Aunque hablamos de este modo, sin embargo, confiamos y esperamos de vosotros, carísimos, algo mejor y más conducente a la salvación. Que no es Dios injusto para que se olvide de vuestra obra y del amor que habéis mostrado hacia su

nombre, habiendo servido a los santos y perseverando en servirles. Deseamos que cada uno de nosotros muestre hasta el fin la misma diligencia por el logro de nuestra esperanza, no emperzándoos, sino haciéndoos imitadores de los que por la fe y la paciencia han alcanzado la herencia de las promesas» (Heb. 6, 9-12).

Y os repetimos lo que os decíamos en ocasión de una de las misiones anteriores: la nota dominante en las misiones es la misericordia de Dios; porque en verdad tal fué la de la Misión del Verbo, de la que todas las otras se derivan. Mirad lo que enseña a este propósito el evangelio de San Juan: «Dios ha amado tanto al mundo que le dió a su Hijo único para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo para que (con sentencia de condenación) juzgue el mundo, sino para que el mundo sea salvado por El» (In. 3, 16-17). Con este conocimiento del amor de Dios a los hombres, cantaban ya su misericordia los salmistas en el Antiguo Testamento, hasta tal punto que uno de los salmos es la más solemne y vibrante letanía de la misericordia divina, en la cual, a medida que se enumeran las obras de Dios en la creación y en la historia, prorrumpía exultante todo el pueblo, como dando la razón final de cada una, con esas reiteradas palabras: «porque es eterna su misericordia» (Ps. 135). La Virgen Santísima en el «Magnificat», que vosotros cantais y habeis de seguir cantando fervorosamente, proclama la misericordia de Dios, que «se extiende de generación en generación sobre los que le tienen reverencia». — «Oh Dios, dice la Iglesia en sus oraciones litúrgicas, Vos manifestáis vuestra omnipotencia principalmente perdonando y usando de misericordia... vuestra misericordia no tiene límites... es propio de Vos ser perdonador y misericordioso...» — «Si guardarais memoria de nuestras iniquidades, dice un salmista, Señor, ¿quién podría subsistir? En Vos hay perdón, para que seáis más reverenciado» (Ps. 129). Advertid estas últimas palabras: «para que seáis más reverenciado»; ¡no para que seáis, diferida la conversión, por más tiempo ofendido!

Por fin, acabamos recordándoos que las páginas más anti-

guas y más bellas de la historia eclesiástica de Menorca son páginas misionales. La Carta del Obispo de Menorca Severo, en los principios del siglo V, nos presenta un cuadro grandioso de apostólica labor misional, planeada y dirigida personalmente por aquel egregio Prelado. Al enterarse de que con la llegada de las reliquias de San Esteban a Magona (Mahón) se habían exacerbado los ánimos de los judíos y cristianos de aquella ciudad, escribe el «Commonitorium» y acude presuroso desde Jamona (Ciudadela), rodeado de su Clero y de los fieles enardecidos de celo y de adhesión a la Jerarquía, los cuales «recorren animosamente los treinta mil pasos que distan de Magona, cual si caminaran entre jardines amenos». Una vez allí, comienza la gran disputa pública con los dirigentes de la Sinagoga, y el pueblo fiel coopera con su entusiasmo apostólico, sus cánticos y sus prolongadas y fervorosas plegarias, hasta conseguir la conversión de los 540 judíos que habitaban en Magona. Esto sucedía el año 417.

Se obró la maravillosa conversión, a no dudarlo, con la intercesión de San Esteban, que fué el primer mártir de Cristo, precisamente por la predicación a los judíos, y cuyas reliquias milagrosas estaban aquellos días presentes en la ciudad de Mahón; por eso el Protomártir es más honrado litúrgicamente en esta Diócesis. Sea él también uno de los Patronos celestiales de esta Misión, que desde la misma ciudad mahonesa se difundirá por toda la isla.

Con estos santos augurios, os bendecimos, carísimos diocesanos, en el nombre del † Padre, y del † Hijo, y del Espíritu † Santo.

Ciudadela, 15 de Octubre de 1955.

† BARTOLOMÉ, OBISPO DE MENORCA.